

La ventana

MARÍA FASCE

—No llueve más —dijo María. Borró con el puño todos los dibujos que su dedo había dejado sobre el vidrio opaco y se despegó de la ventana, segura de que ese gesto había instalado definitivamente el sol—. Vamos a patear espuma.

El padre la había visto empujar una silla hasta la ventana, mirar la playa, la lluvia sobre la arena, la lluvia sobre el vidrio. La había visto mirar las gotas que dibujaban caminos cruzados, se unían y se perdían hacia abajo, y después dibujar líneas cruzadas que cortaban el camino de las gotas, círculos en la ventana. La había visto borrar los dibujos con el puño y, ahora, bajarse con cuidado de la silla.

—Ponete la campera que hace frío —dijo.

—Vos también.

La campera más grande estaba sobre el sofá y María la arrastró, como antes la silla, hasta los pies de su padre.

María se saca el pelo de los ojos, pero vuelve, húmedo y salado como un ramo de algas en cada mejilla. Ahora camina de espaldas, mirando a su padre, la cara tirante y despejada, la nariz y las orejas rojas. La orilla del mar parece una puntilla, el ruedo de un mantel o de un vestido, de algo que se puede alzar y desplegar.

Levanta un caracol y corre hasta su padre. Lo tira en el camino, an-

tes de mostrárselo (está roto). Patea la espuma, los copos se deshacen, caen desordenadamente sobre la arena, ruedan hacia adelante.

—Mirá, papá: nubes con patines —dice señalando con un dedo frío.

El padre asiente y sonríe una sonrisa breve, elástica. Un perro corre en círculos, muerde la espuma.

—La espuma grande es la mamá y la siguen los hijitos —dice ahora María sin darse vuelta, el dedo a la altura de su nariz.

La espuma más grande rueda más rápido, se aleja de las otras, se hace más chica, más chica y desaparece. Como una bola de nieve, pero al revés.

—La mamá se fue. —María ha bajado el brazo y se ha quedado quieta y erguida, como cuando canta el himno en el colegio, hasta que el padre la alcanza y le toma la mano:

—Los hijitos quedaron en mis huellas —dice señalando los restos de espuma a sus espaldas.

—Las mías no tienen nada.

—Yo soy más grande, tengo huellas más grandes, les sirven de casa. En las tuyas no entran.

El perro se revuelca en la arena, deshace las huellas. Llega otra ola. Entre la espuma nueva ruedan huevos transparentes. El padre se inclina y levanta uno.

—¿Qué es papá?

—Son huevos de caracol. ¿Ves que tienen caracoles chiquitos adentro?

—Pone el huevo a la altura del ojo derecho de María, que lo sostiene como si fuera una lupa, un anteojito

de un solo vidrio—. Ahí hay uno, ¿ves?

—Sí.

—Hay algunos caracoles que no pueden crecer. Este, por ejemplo, no pudo crecer.

—¿Por qué no pudo crecer?

—No sé. —El padre ha apoyado el huevo en la arena, con cuidado, el viento lo sacude un poco y se lo lleva.

—Y si hacemos un castillo de arena —pregunta María tirando del borde de la campera de su padre y plegando dos veces las rodillas.

—Dale —insiste moviendo hacia adelante y hacia atrás el extremo de la campera del padre.

—La arena está muy fría.

—No, yo quiero. —Sacude la cabeza y da golpecitos con el pie sobre la arena como si martillara un pedal.

El padre se arrodilla y María también, de espaldas al mar. La arena está muy fría, se cuele por los puños. El padre arremanga hasta los codos la campera de María. Empieza a cavar y hace una pila. Después alisa la arena húmeda junto a la pila, con el filo de las dos manos y el revés del brazo. “Un limpiaparabrisas”, dice María. El padre ha arrastrado la arena hasta la superficie lisa.

—Quiere romper la torre —dice María señalando al perro que pasa entre los dos.

Ahora el perro ha ido en busca de un tronco que el padre acaba de arrojar por el aire, y María ha vuelto a alzar el castillo.

El padre se ha sentado y mira la

lejos, más allá del perro. Desde donde están, las piedras parecen edificios, la luz inventa picos, torres, calles. María hace una ventanita con el dedo. El mar es mas azul a la derecha de María, del lado de las piedras.

—¿Acá vive la reina.

El padre echa la cabeza hacia atrás, mira las nubes. María también. Las nubes andan por el cielo más lentas que la espuma sobre la arena.

—Claro —dice el padre—, la reina María.

—No, tonto. Yo soy la princesa, la reina es mamá.

Un barco pasa lentamente por el mar, sobre María, que va hacia el otro lado del castillo, a dibujar otra ventana. En el borde del agua una gaviota sacude la cabeza como si sostuviera un pescado. El perro se ha tendido sobre las patas de adelante y parece un león de piedra. Le cae una gota en la oreja y otra en el hocico, vuelve a ser un perro que se aleja levantando arena.

—Vamos que está lloviendo otra

vez —dice el padre, y alarga una mano hacia María para que lo ayude a levantarse. También lo hace cuando se sienta en las sillas y en el sofá de la habitación del hotel: María tira como si jugara una cinchada, los dos exageran el esfuerzo y se ríen.

—Una carrera —dice ahora María, y se adelanta—. Vos quedate ahí y cuando digo “ya” empezamos a correr. Ya.

El padre corre mirando el mar que ha crecido hasta llegar a las piedras, que tienen estrías de colores y están atravesadas por surcos profundos, pero paralelos a la orilla, como si el mar hubiera entrado de costado, filoso y preciso, cortándolas como jamón.

—Uf, te gané. —María está parada en la entrada del hotel. Se sacude los pies en una alfombra descolorida que dice “Capri”.

Sube la escalera de a dos peldaños mientras se saca el gorro y se baja el cierre de la campera. Empuja la puerta que el padre acaba de abrir

y corre a la ventana.

El padre busca una toalla, un pulóver seco y pantuflas para María, que ya se ha subido a la silla.

—Mirá, papá —el dedo forma una aureola opaca sobre el vidrio, la mano izquierda sobre la cabeza del padre que lucha con una media llena de arena—. El mar se está llevando el castillo.

—Está bien —dice el padre sin mirar, con la media en la mano—. Los castillos son para eso.

—¿Para qué?

—Para que se los lleve el mar. —Le ha puesto las medias secas y las pantuflas. Ahora tiene la misma altura de María y mira a través del vidrio.

—Mar malo —dice María.

El castillo se derrite como un helado, y el segundo lengüetazo del mar se lo lleva. El perro da vueltas alrededor de una madera. Un relámpago. Desde la ventana no se ven las estrías de las piedras, ni los surcos. El perro corre levantando lo que queda de espuma.

